

Si hay algo que he aprendido en esta vida es que nada es para siempre, y siempre es mucho tiempo, pero 85 años también lo es. Y eso que yo no sé mucho sobre casi nada. Me llamo Marina, nací en un pueblo de sol con vistas al mar, era un pequeño pueblo pesquero y todo olía a peces y a sal. Yo era una niña muy morena, tenía el pelo azabache y los ojos negros, y mi piel siempre parecía tostada por el sol, era flaquita pero espigada, siempre andaba mirando el mar entre las rocas.

Vivía en una casita pequeña sobre unas rocas, yo siempre me preguntaba cómo permanecía recta y si no se habría inclinado con el tiempo y no nos habíamos dado cuenta. La parte de delante daba al mar, y la parte de atrás a un pequeño embarcadero donde mi padre dejaba una barquichuela roja y blanca donde los domingos nos llevaba a pasear, decía que era su pequeño refugio del mundo, aquella cáscara de nuez que parecía estar siempre a la deriva mecida por las olas y la brisa.

Las puertas y las ventanas estaban pintadas de azul, de ese azul cobalto que brilla con la luz del sol y difumina los reflejos del mar. Yo siempre me preguntaba cómo era que la casa no se movía los días que había oleaje y el mar bramaba bajo las ventanas si prácticamente estaba encima del agua.

Había otra casa no muy lejos de allí que en algún momento había sido verde, pero ahora era sólo marrón verdoso, como las algas. Era una casa grande de madera, yo debía tener unos ocho años cuando vino a vivir una familia en la que había un niño un poco mayor que yo.

Un día él estaba cazando cangrejos en las rocas y uno se le escapó, intentó perseguirlo pero se cayó al agua al lado de casa. Estaba vestido y era invierno. Y mi padre lo rescató y lo trajo para que se secara. Tenía los ojos verdes aunque en verano se le ponían azules y olía a hierba y a lluvia, mi madre decía que eso era porque venían del norte y allí hay vacas en lugar de peces.

Cuando tuve la edad suficiente me fui a la ciudad y conocí mucha gente muy diferente, unos interesantes, otros no tanto, pero todos son piezas de este puzzle que es la vida. Vivía en un piso pequeño pero luminoso, era un estudio de aspecto modernista y ruinoso, tenía geranios en la ventana y los regaba por las mañanas.

Conocí a un mimo que estaba todas las mañanas en la Plaza Mayor. Se expresaba con mímica incluso cuando no estaba trabajando porque era mudo. Siempre que quería algo lo dibujaba con las manos. Es increíble que una persona que no puede hablar se exprese mejor que todos los que sí podemos.

También había un chaval que tocaba la guitarra en la puerta de la cafetería en la que trabajaba. Se llamaba Marcos y era Argentino. Había venido huyendo de la madre patria, buscaba trabajo y acabó haciendo la calle para sobrevivir. Tenía talento, pero hoy en día no se valora el talento ni las ideas.

No he hecho nada muy importante en mi vida, pero he vivido, y para mí eso es lo verdaderamente importante. No hay nada más importante en la vida que vivirla, para eso estamos aquí. Conozco gente que estuvo aquí muchos años pero en realidad no había vivido de verdad ni uno sólo de todos esos años.

Cuando me cansé de la gran ciudad y había ahorrado algo trabajando en la cafetería decidí viajar. Me hubiera gustado viajar por todo el mundo, pero un sueldo de camarera no daba para tanto. Así que convertí mi vida en una estación de tren, en mi casa el mundo y las calles de cualquier ciudad en mi camino.

Me gustaba mucho viajar en tren, me divertía mirar a la gente e inventar historias sobre cómo sería su vida. Los imaginaba en situaciones de su vida diaria, su casa, su familia, su trabajo... Puede que acertara o puede que no. Otras veces simplemente miraba por la ventana y me veía caminando por todos los paisajes que pasaban a gran velocidad ante mis ojos.

Toda mi existencia se reduce a un álbum de recuerdos que se irán conmigo. Por ello escribo este diario, para que otros puedan completar sus recuerdos con los míos, y al fin y al cabo es la única forma de vivir para siempre, en los recuerdos de los demás a través de mis palabras, podrán conocerme incluso mejor que la gente que conocí en vida.

Y ahora estoy en casa, leo hasta que la vista me lo permite y sólo veo el mundo a través de mi ventana. Pero cuando miro dentro de ella veo todo lo que he vivido y no me hace falta soñar, sólo tengo que recordar, bucear en mi memoria para encontrar algo que me haga volar lejos de nuevo.

Después de todos mis viajes he vuelto a la pequeña casita en la que nací en un pueblo de sol con vistas al mar, un pequeño pueblo pesquero en el que todo huele a peces y a sal. Una casita pequeña sobre unas rocas, en la que las puertas y las ventanas están pintadas de azul, de ese azul cobalto que brilla con la luz del sol y difumina los reflejos del mar.

Es curioso como ahora recuerdo más nítidamente que nunca mi infancia, mi juventud... ahora todo aquello lo tengo mucho más presente. No dejo de pensar en el niño que tenía los ojos verdes aunque en verano se le ponían azules y olía a hierba y a lluvia porque venía del norte y allí hay vacas en lugar de peces. Y en la barquichuela roja y blanca donde mi padre nos llevaba a pasear los domingos, aquella cáscara de nuez que parecía estar siempre a la deriva mecida por las olas y la brisa...

He vuelto porque sé que por mucho que me cueste admitirlo este es mi sitio, es mi hogar y siempre lo ha sido. Y aquí me quedaré consumiendo la mecha de esta vela que se apaga.